

# Altamira: los desastres del turismo

"Pasen señores, por favor, por aquí, por favor, cuidado con la cabeza". El guía, al frente de un grupo de treinta turistas, iba explicando a toda prisa las particularidades de la cueva. Dedicamos poco más de cinco minutos a la visita de la que ha sido llamada "la Capilla Sixtina del arte rupestre". La visita a la cueva de Altamira ofrece uno de los casos más flagrantes de las servidumbres del turismo. Observé que la mayor parte de los visitantes salen decepcionados de la cueva, aunque mucho más decepcionados quedan los centenares de personas que en los días de fiesta, se vuelven a su lugar de origen sin haber podido ver la famosa sala de las pinturas. La necesidad de mantener el grado de humedad y de temperatura de la cueva a fin de impedir que las pinturas sufran deterioro, ha obligado a limitar el número de visitantes que diariamente pueden entrar en la cueva. Según el guía explicó durante la visita, se permite la entrada solamente a mil ciento cincuenta personas diarias.

A mucha gente que llega por la mañana, no le toca entrar hasta la tarde, y fácilmente sucede que, al llegar al recinto de Altamira, el taquillero informe al turista de que ya no hay entradas para ese día. Estuve en Altamira una de las tardes de la pasada Semana Santa. Llegué inmediatamente después de comer, hacia las tres de la tarde, y me dieron billete para la visita de las cinco. Pertenezco a la generación que todavía ha podido ver descansadamente el techo de Altamira. Recuerdo que, hace diez años, visité por primera vez la cueva, cuando no se había iniciado todavía la explotación turística del lugar. Al llegar a Altamira, viniendo de Santillana del Mar, que se encuentra a poco más de un kilómetro, en un agradable paseo a través del valle Herrán, no se veía más que la entrada de la gruta en medio de las verdes colinas donde pastaba el ganado. Un guía casi aficionado acompañaba al turista en una detenida visita a la cueva.

Actualmente se encuentra al llegar un gran aparcamiento para centenares de vehículos, y la entrada a la cueva se realiza a través de una serie de edificaciones anodinas. Después de pasar por la taquilla se entra en un pabellón, en el que hay unas pinturas de bastante mal gusto, que representan escenas de la vida de los hombres prehistóricos que habitaron la cueva. En unas pequeñas salas situadas en este pabellón se pasa, por el sistema de "video", una película en color, en que se trata de explicar al turista medio la significación de la obra de arte que va a "ver" en el interior de la cueva. Los pobladores de la cueva de Altamira aparecen en escenas de caza o en sus refugios de las cuevas, que tanto abundan en la región de Cantabria, bailando danzas rituales o entregados a la tarea de pintar bisontes, ciervos y caballos en las paredes y techos de la cueva. La película, que se ofrece en varios idiomas en distintas cabinas, está hecha en un estilo de divulgación muy a la americana, y mi impresión personal es que más bien confunde que ilustra al turista, que, al salir de allí, será conducido a la visita relámpago de la cueva de Altamira.

Desde esta sala de proyecciones se pasa a la de venta de libros y postales, y de allí, a la cafetería, que constituye la última antesala

de la dilatada espera. Por los altavoces del recinto se pide a los turistas que durante la espera visiten una cueva de estalactitas que se encuentra próxima a la de las pinturas, y un pabellón especial, donde se ha instalado la huella que dejó en la piedra el famoso Hombre de Morín, de una antigüedad de treinta mil años. Se trata de una piedra en la que se percibe vagamente una sombra de forma humana. Corresponde a un enterramiento descubierto recientemente. La piedra fue trasladada a América, donde se plastificó para proteger mejor esta pieza única, siendo después devuelta a España e instalada en Altamira. Los arqueólogos han colocado junto a esta piedra un molde en plástico, donde se percibe claramente la sombra del cuerpo del Hombre de Morín. El hecho de que haya tanta gente esperando su entrada en la cueva de Altamira hace que tampoco se pueda ver



descansadamente este descubrimiento arqueológico. En el interior del pabellón donde se conserva hay una gran confusión. La gente se aglomera delante de la piedra, y no se pueden ni siquiera leer con tranquilidad las inscripciones explicativas. Los visitantes tratan de adivinar en la piedra la famosa sombra del Hombre de Morín, a quien popularmente, según me dijeron, han dado en llamar en la región "El Pipo".

La necesidad de mantener estrictamente los turnos de entrada ha impuesto una gran rigidez en los horarios. La visita a Altamira que he tenido ocasión de hacer la pasada semana es la menos española de las visitas turísticas que he realizado en mi vida. Me daba todo el tiempo la sensación de encontrarme en un país organizado, en un país "europeo" en el sentido más ordenancista de la palabra. El visitante tiene que estar muy atento a la hora de entrada en la cueva que marca su billete y situarse en la cafetería unos minutos antes, a fin de no perder su vez. Hay casos de gente que llegó por cualquier causa con algunos minutos de retraso al momento de la entrada, y tuvo que esperar al turno o a los turnos siguientes. En vez de los prolíficos guías que uno está acostumbrado a encontrarse en los monumentos españoles, los que acompañan al turista en Altamira son escuetos en grado sumo en sus explicaciones, e incluso se ven obligados a veces a ser autoritarios con los turistas que se entretienen contemplando la cueva. El guía que acompañaba al grupo que a mí me tocó el otro día, pidió perdón a los presentes antes de entrar en la gruta por la rapidez con

que la visita debía realizarse. La gruta de Altamira es muy grande y ofrece muchas cosas interesantes. En alguna visita anterior pude ver, además del famoso techo de las pinturas, otras muchas figuras de animales pintadas o grabadas en distintos lugares de la cueva. El recorrido que hicimos la otra tarde, a toda velocidad, no permitió ver nada de esto, ni siquiera hablar de ello.

Lo que hicimos nosotros la otra tarde era verdaderamente una caricatura del turismo arqueológico. Corríamos por el interior de la cueva, un poco atropelladamente, desde la sala de la entrada, donde, al parecer, vivían los hombres prehistóricos, hasta las salas interiores, donde hay algunas estalactitas que constituyen una excepción en la cueva. Pasamos con grandes prisas por todos estos lugares, se puede decir que sin ver nada. Para ilustrar la rapidez con que se realizó la visita, diré que en un momento dado llegamos a una sala de la cueva de la que salían unas escaleras que conducían a otra estancia situada en un nivel inferior. "Esta sala de abajo no se la enseño —dijo el guía—. Si alguien quiere verla, puede bajar y volver a subir rápidamente". Algunos de los visitantes más intrépidos y curiosos se lanzaron escaleras abajo para ver lo que había allí dentro, y volvieron a subir jadeando, porque el guía ya había emprendido la marcha hacia la sala de las pinturas.

Aunque en total la visita a la cueva duró unos veinte minutos, no dedicamos a ver la famosa "Capilla Sixtina", como he dicho, mucho más de cinco. En el techo de Altamira hay más de cien figuras de animales, por lo que no había tiempo material para verlos todos, y mucho menos para admirar la maravillosa bóveda de entre veinte y quince mil años de antigüedad, pintada durante el Solutrense y el Magdaleniense. El guía se concentraba en dar explicaciones sobre el famoso Bisonte parado, la figura quizá más divulgada de la cueva, que se contempla cuando uno se sienta en el banco que ha sido excavado en la piedra de la roca del primitivo suelo de la gruta. "¿Has visto tú el caballo?", se oía decir a un marido. La gente buscaba por el techo, como enloquecida, el caballo, el ciervo, el jabalí, los bisontes en movimiento en que el artista aprovechó las sinuosidades de la roca para dar mayor sensación de vida. Alguien contó el caso de una señora a quien, con las prisas, se le había olvidado quitarse las gafas de sol, y no vio absolutamente nada del techo de Altamira. En general, el nerviosismo que se percibe entre los visitantes impide por sí solo la contemplación de las pinturas. Apenas han dado una ojeada a la sala, tratando de adivinar los contornos en la penumbra del ambiente, que ya el guía les advierte de que hay otro grupo esperando, y que las medidas de preservación de las pinturas no permiten que estén a un tiempo en la sala más de treinta personas. La gente sale de allí frustrada, preguntándose si ha tenido sentido el viaje y la larga espera que ha tenido que hacer para ver la cueva. Una visita a Altamira no sirve hoy día para contemplar la maravilla de la pintura rupestre que allí se conserva. Lo que se contempla es otra cosa: los aspectos más caricaturescos, más ridículos, más tragicómicos del turismo de nuestros días. ■ LUIS CARANDELL.